

Clara Voghan

Soledad,
sexo y pedagogía

edición digital



Reading & relax, III

© Clara Voghan, 2006

Todos los derechos reservados.

Exp. 464496

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

www.claravoghan.com.ar

Visite nuestro grupo en Yahoo

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Capítulo V

El deber de una madre

Sintió una mano velluda deslizándose sobre sus rodillas.

Aquel tipo comenzó a tocarla con descaro. ¿Qué debía hacer? Después de todo se suponía que había ido allí justo para eso.

Soledad observó a Victoria, sentada a su lado. Ella parecía más que entretenida con su nuevo acompañante. Juntos se habían convertido en una especie de monstruo de cuatro piernas y dos cabezas. ¿Estarían usando condón?

La mano del tipo que la tocaba estaba ahora en su pecho. Apretaba y soltaba, apretaba y soltaba. Parecía dispuesto a ordeñarla, tal como si ella fuera una vaca más del corral. Y así se sentía, encerrada allí, con la música a todo volumen y su trago sin tocar. Una más. Y en la cara de todas aquellas mujeres solas y desesperadas que la rodeaban, podía contemplar su propia soledad y desesperación.

No. No había ido allí para que un extraño la tocara. Había ido con la esperanza de que una mano anónima la hiciera olvidar esas caricias que todavía ardían en su piel. De que una

noche de pasión en brazos de un extraño le arrebatara la memoria de aquella sensación entre las piernas, extraño gozo que, por primera vez en su vida, la había hecho sentir una mujer completa.

Pero nada de eso estaba ocurriendo. En cambio, el tipo estaba ahora empapándola con su lengua. ¿Cuánto más iba a tener que esperar para sentir algo? ¿O para olvidarse de lo que sentía?

—¡Basta!— dijo Soledad al fin, empujándolo con decisión.

—¿Qué pasa, chiquita? ¿Quieres jugar más rudo?

El tipo agarró su mano con violencia, y se tiró sobre ella, ahogándola con el peso de su cuerpo.

—¡Basta!— repitió la muchacha, mientras le arrojaba en la cara el contenido de la copa que había alcanzado con su mano libre.

—¡Eh! ¡Qué te pasa, histérica! ¡¿Qué haces?!— gritó aquel fulano inmundo, mientras se ponía de pie e intentaba limpiarse.
— ¡Mira como me has puesto!—

—¿Qué pasa?— preguntó el acompañante de Victoria, despertando de su pasión.

—¡Mira en qué condiciones me ha puesto esta estúpida! ¡¿Qué le digo ahora a mi mujer?!—

—¿Tu mujer?— preguntó desilusionada Victoria. E inmediatamente, sin esperar respuesta, se dirigió al tipo que tenía a su lado. — ¿Tú también eres casado?

—¿Qué creías? .. Y la próxima vez que vengas a divertirte, olvida a la loca de tu amiguita en un armario....

Ambos “caballeros” se retiraron de inmediato, dejando a las dos muchachas tan solas como habían llegado.

—¡Sí que la hiciste!— le reprochó Victoria a su amiga, y luego no volvió a dirigirle la palabra por el resto del camino a casa.

Cuando sólo faltaban unos pocos metros, la muchacha ya no pudo callar.

—No se que pretendes, Soledad... Esta era una de las últimas oportunidades que tenías de ligar algo... ¿O crees que los hombres van a mirarte cuando empiece “a notarse”?

—¿”A notarse”? .. ¿Qué cosa?

—¡Vamos! .. Hace más de un mes que vives en casa de mis padres, y que dormimos juntas en un cuartito miserable... ¿Crees que no iba a ver la cajita?

—¿Qué cajita?

—La del test de embarazo... Y luego te oí llorar en el baño.

—Ah— dijo Soledad por toda respuesta.

Ya habían llegado a la casa donde ahora vivían, tan miserable como el resto del barrio que la circundaba.

—¿Entras?— preguntó Victoria, intentando suavizar su anterior dureza.

—No... Voy a caminar...— respondió Soledad, mientras se alejaba con tanta velocidad que nunca llegó a escuchar la advertencia final de su amiga:

— ¿A esta hora? ¡Es muy peligroso!

* * *

Soledad comenzó a caminar sin rumbo, con la cabeza embotada y sin saber qué pensar. Caminó durante un tiempo que le pareció infinito, y luego se sentó en el banco de una plaza desierta. Ya era otoño y el frío había comenzado a sentirse de improviso, como todo lo que ocurría en el país por aquel entonces.

Un ruido la sobresaltó. En medio de la noche cerrada, un bulto comenzó a moverse. La escasa iluminación hacía imposible distinguir si se trataba de un animal, o un atacante. Pero Soledad se sentía tan abrumada que no podía pensar en el peligro al que se encontraba expuesta.

La mancha negra comenzó a tomar forma humana. Era una mujer. Una mendiga, que había despertado de su sueño.

Soledad se puso de pie, dispuesta a irse. Pero antes de marcharse tomó diez pesos de su cartera y se los entregó a aquella pobre desgraciada. Diez pesos era una pequeña fortuna para ella (lo que gastaba en una entrada al cine), pero ahora que trabajaba para una agencia de publicidad, era un lujo que podía permitirse.

—Gracias, chica— dijo la mujer. — Pero, ¿estás segura de que no lo necesitas? Mira que ya han venido los muchachos de la “Noche de la caridad” y me han alcanzado algo de comer. Tú, en cambio... Se acerca el invierno, y está comenzando a hacer frío... ¿No deberías comprarte una falda más larga?

Soledad miró su vestido, elegido especialmente para lograr en los hombres el efecto que, ahora se daba cuenta, no estaba buscando, y se sonrió.

—Tómelos, por favor. Tengo un trabajo nuevo, y de seguro también me alcanzará para comprar algo más abrigado.

La vieja tomó el billete con una sonrisa y lo escondió en algún lugar recóndito de su anatomía.

La muchacha, espantada, giró dispuesta a irse, pero la voz de la mujer la detuvo.

—¿Sabes que estuve en Europa?

—¿Cómo?— preguntó Soledad, sorprendida.

—No siempre fui mendiga. Antes vivía en un hermoso piso, y estaba casada. Lamentablemente mi Néstor y yo nunca tuvimos hijos... Yo no podía. Pero él nunca dijo nada... ¡Y eso que le encantaban los chicos!

—Muy delicado de su parte— acotó, por decir algo, la muchacha, mientras en su interior pensaba como huir de allí cuanto antes.

—¡Sí! .. Mi Néstor era muy delicado... Y me llevó a Europa, porque sabía que a mi me encantaba... Trabajó más de diez años para pagar el viaje, ¡pero lo hizo! .. Y no creas que usó todos sus ahorros. No, no mi Néstor. Él siempre pensaba en el futuro... Teníamos casa, un autito, y unos dólares en el banco. Claro que después vino su cáncer y... verlo morir me lo llevó todo. Bueno, menos los dólares. Esos se los llevó el banco, en la crisis del dos mil uno. ¿Te recuerdas de eso? ¡No! .. ¡Tú eras muy joven!....

—La recuerdo— dijo la muchacha, mientras analizaba sus posibles vías de escape.— Es muy triste y muy injusto que usted haya terminado aquí.

—No me quejo. En mi vida he sido más afortunada que muchos. He vivido un gran amor....

Soledad cobró repentino interés en la charla.

—¿Un gran amor? .. ¿Algún amante de su juventud?

—¡El mejor de los amantes! ¡El único! ¡Mi marido!
¡Cuarenta y un años de matrimonio!

—¿Su marido?— preguntó Soledad, desencantada. – Usted dice que era el mejor de los amantes, pero ¿cómo sabe? .. Se casó con él, no tenía experiencia y....

—¿Quién te dijo que no tenía experiencia?— la interrumpió la dama, con una sonrisa pícara.

—¿Entonces usted dice que si una muchacha tiene el mejor sexo del planeta con un hombre, puede casarse con él ,y soportarlo durante cuarenta años?

—Queridita, el frío te está nublando el cerebro.

Con dificultad la mujer se puso de pie, tomó a Soledad por el brazo con sus manos sucias, y la condujo nuevamente hacia el banco que había abandonado. “Es evidente que esta niña necesita algo en que apoyarse”, pensó la dama. Y no se equivocaba.

—¿Cómo hizo para darse cuenta de que él era el hombre ideal? ¿Por el sexo?— preguntó Soledad, ansiosa.

—¡No, querida! .. ¡Para nada!— respondió la mujer entre risas. – Mi Néstor tenía el “pitito” más pequeño del universo. Mi Néstor era tan chiquito y tímido como su sexo.

—¿Y entonces?!

—Luego de la primera vez en que estuvimos juntos, decidí dejarlo. El muchacho era lindo, trabajador, simpático..., ¡pero casi no tenía nada entre las piernas! Le pedí que dejara de llamarme y él, obediente, lo hizo. ¡Pobre, mi Néstor! ¡Siempre intentando complacerme! .. Pero seguimos trabajando juntos. Y una cosa lleva a la otra, y para cuando me quise acordar, ya estaba enamorada. ¡Perdidamente enamorada! .. ¿Qué hacer, entonces? ¡El mejor hombre que había encontrado en mi vida, y venía por la mitad!

—¿Qué hizo entonces?

—Que no hice: darme por vencida. Me dije a mi misma: si cualquier idiota puede llevarme a las nubes, ¿por qué no este idiota, del que me he enamorado?

—Pero el amor no hace que el cuerpo de un hombre cambie.

—No, el cuerpo no. Pero todo lo demás, sí. Y mi Néstor no necesitó de un pito grande para hacerme..., tú sabes... Él aprendió donde tocarme, y como hacerlo... ¡Ay, queridita! A pesar del frío de la noche, el sólo recordarlo ya me ha hecho entrar en calor....

—El sexo puede negociarse— dijo como para si, Soledad.

—¿Cómo?

—Es algo que siempre dice mi madre. Que con el sexo se puede negociar.

—Eso lo llamo ser una “p”, mi niña.

—¡No!— se apuró a aclarar Soledad, entre risas. — No se trata de vender sexo, ni de ser una puta, sino de acordar en lo que les gusta a ambos.

—El buen sexo se aprende, querida....

—No crea, yo he leído muchos libros y....

Ahora era la dama la que reía.

—¡No, mi niña! El sexo no se aprende en los libros, sino en la piel del otro. Y no en la de cualquiera, sino en la de aquel al que amas....

Por un momento Soledad calló, pensativa, pero luego volvió a preguntar.

—¿Usted realmente se casó con Néstor?

—¿A qué te refieres, cariño?

—Si pasó por el registro, la Iglesia, la fiesta....

—¡Con todo y vestido blanco!....

—¿Pero acaso siempre, siempre..., durante los cuarenta y un años, se llevó bien con su...?

—¿Con mi Néstor? .. ¡Qué va! Peleábamos por cualquier tontería, y todo el tiempo... ¡Pero cuando nos reconciliábamos...!

La vieja suspiró, con un sentimiento de pérdida tan profundo, que emocionó a Soledad.

—¿Entonces para usted el matrimonio no fue una especie de cadena perpetua? ..

—¿Cadena perpetua?— preguntó la dama, confundida.

—Una mala decisión con la que se debe cargar hasta la muerte.

—Ay, hijita... Hablas demasiado confuso. Pero mira, la cosa es fácil: para vivir hay que tener cojones, y para ser feliz, hay que estar dispuesta a arriesgarlos. Cada pequeña decisión termina siendo para siempre. A ver, ¿tú que haces?, ¿a qué te dedicas?

—Hago publicidad.

—¿Nunca soñaste con ser otra cosa?

—De niña quería ser bailarina.

—Seguramente ibas a las clases.

—Todos los días.

—¿Y por qué no continuaste?

—Y... ¡qué se yo! .. Un día faltaba porque estaba cansada, otro día porque....

—Mira: el primer día que te quedaste haraganeando en tu casa, ese día echaste las zapatillas de ballet al bote de la basura “para toda la vida”. Fue una pequeña decisión. Pero esa decisión pequeñita te abrió otras puertas, quizás no las que creías que querías abrir, pero... ¡Cuando te quisiste acordar ya estabas estudiando lo de las propagandas!... Lo mismo ocurre con el matrimonio. Cierras unas puertas y abres otras.

—¿Y cómo se que he elegido las correctas?

—¡Una chica tan lista como tú!...— la reconvino la vieja, sonriente. — Si todo el tiempo miras hacia atrás para ver cuál hubiera sido el mejor camino, lo único que vas a lograr es tropezar y caerte de narices. En la vida hay que ser como ese muchacho, el jugador de fútbol..., ese Maradona: tomas lo que

quieres, te aferras a ello, “gambeteas” a los que quieren quitártelo, y le das para adelante. ¡Sin miedo!

La dama le mostró la más amplia de las sonrisas, en la que faltaban varios dientes.

—Y ahora vete a tu casa— le dijo, con un tono de cariñosa protección.

—Pero hace frío, y usted... Quisiera ayudarla....

—¿Y quién te dijo que necesito ayuda?

Las palabras de aquella dama sonaron tan sinceras y alegres que Soledad no pudo ponerlas en duda.

—Gracias— atinó a decir, justo antes de ponerse en marcha.

Cuando ya casi había llegado a la esquina, escuchó una vez más la voz gangosa de la mujer.

—¡Muchacha!... Dile a tu madre que tiene razón: el sexo se negocia..., ¡pero el amor no!

* * *

—¡Dios santo! .. ¡Casi me matas del susto! .. Estaba a punto de llamar a la policía. ¡Creí que te había pasado algo!— le gritó Victoria, a modo de bienvenida.

Su amiga tenía razón. Le había pasado algo.

—Victoria, ¿quieres casarte?

—A ver... Déjame pensarlo: veintidós, soltera, buen sueldo... ¡Sí! Definitivamente la mejor propuesta que he tenido últimamente. ¡La única, por cierto! Ahora sólo es

cuestión de que autoricen el matrimonio entre mujeres...—
respondió la otra con sarcasmo.

—No seas tonta... Te pregunto si has pensado en casarte...
¿Quieres hacerlo?

—¡Todas las mujeres queremos casarnos!

—¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? ¡Para ser felices, tontita!

—¿Y quién te dijo que lo ibas a lograr con un marido? Las
parejas que veo a mi alrededor la pasan muy mal....

—Pero al menos no están solas... Yo ya estoy harta de estar
en esta casa. Y, además, algún día voy a querer dejar de
trabajar y dedicarme a tener niños. ¡Y para todo eso necesito
un marido!

Soledad suspiró. ¡Lo que había pensado! Todas las razones
equivocadas... Ella no necesitaba un marido para que la
mantuviera. Y no quería dejar de trabajar, porque lo que estaba
haciendo ahora le gustaba de alma. Y en cuanto a la soledad...
Era curioso. Nunca antes se había sentido sola. Pero desde que
se había alejado de Leonardo...

Ella no se sentía sola. Se sentía sin él.

—¿Estás pensando en ese estúpido, verdad?— la interrogó
Victoria. Pero su amiga no le respondió, así que la muchacha
volvió a insistir. — Sácatelo de la cabeza antes de que te termine
de arruinar la vida... Nadie que te haya dejado así, sin darte
explicaciones....

—Ya te dije que peleamos.

—¡Los hombres son todos iguales! .. Una vez que te llevan a la cama, “si te he visto no me acuerdo”....

—Leonardo es distinto.

—¡Distinto! .. ¡Todas pensamos que el nuestro es distinto, pero...!

—Antes de pelear, Leonardo me propuso matrimonio— confesó Soledad, en voz muy baja.

—¿Matrimonio?— preguntó, incrédula, su amiga, abriendo los ojos con desmesura.

—Le dije que no. Él se enojó y se fue.

—¡Diablos! ¡Eres la mujer más estúpida que conozco! .. ¿Por qué le dijiste que no?

Durante aquel último mes Soledad se había hecho esa misma pregunta cada hora del día, todos y cada uno de los días del mes.

—Porque lo amo demasiado, y no quiero empezar a odiarlo. Porque lo que me pasa cuando estoy junto a él es tan fuerte, que no quiero que desaparezca con la rutina. Tengo terror de mirar un día a sus ojos y encontrar esa mirada indiferente que tienen los maridos cuando pasean con sus esposas por el centro comercial. De darme cuenta que lo odio, como mi madre ha odiado a cada uno de sus esposos. Tengo miedo de despertar un día, desesperadamente sola, al lado de un extraño... ¡Y yo lo amo demasiado como para perderlo!

—¿Eres estúpida, o qué? .. ¿Lo dejaste por miedo a sufrir? ¡Mírate al espejo! Eres una sombra... ¡Y, como si fuera poco, estás encinta!

—No. No lo estoy...— negó Soledad con un tono que partía el alma.

—¡Si yo misma te oí llorar!

—Lloraba porque el test dio negativo... Quería... ¡Cómo deseaba tener adentro mío una parte de él, que me acompañara para siempre!....

—Estás loca, amiga mía... Tu madre te ha hecho mucho más mal a ti que todo el bien que pudo haber hecho a sus pacientes...— replicó Victoria, para quien los sentimientos de su amiga eran tan complicados como incomprensibles.

Por un rato la observó llorar, sin atreverse a añadir nada. Pero luego se acercó a ella, la abrazó, y comenzó a acunarla. — ¿Y ahora que vas a hacer?— le preguntó.

Soledad levantó la cabeza y la miró.

¿Qué iba a hacer?

* * *

Se miró al espejo, puso cara distendida, sonrió con picardía, y dijo a su propio reflejo: — No quiero casarme contigo, pero sí quiero todo lo demás que podamos lograr juntos—.

Después de todo, había sido sólo una pelea. Y los dos habían tenido todo un mes para reflexionar.

Mientras viajaba hacia el edificio donde había vivido desde los dieciséis años, y que no había vuelto a pisar durante los últimos treinta días, Soledad seguía repitiendo en su mente la misma frase: “No quiero casarme contigo, pero sí quiero todo lo demás que podamos lograr juntos”.

Nada podía fallar. Ambos se querían, y si bien era obvio que había lastimado el orgullo de Leonardo al rechazarlo, de seguro...

...de seguro...

Quería sentirse segura, pero en el fondo de su corazón la duda la atenazaba: ¿Podría recuperar la oportunidad perdida? ¿Podría recuperarlo?

Subió al elevador tratando de no ser vista por sus antiguos vecinos. No estaba de humor para charlas casuales. Pero justo en el momento en que las puertas comenzaban a cerrarse, una muchacha logró subir.

—¿Piso?— preguntó solícita la recién llegada.

—Tercero— respondió Soledad sin mirarla.

—Yo también voy al tercero... ¿Vives aquí? No te he visto antes.

Soledad la observó y quedó asombrada. La muchacha era muy hermosa, y estaba embarazadísima.

—No, bueno, en verdad... ya me estoy llevando mis cosas. Solía rentar aquí.

—¡Con razón no te conozco! .. Yo acabo de mudarme....

Soledad miró a aquella muchacha fresca, acarreado un vientre pesado y una felicidad contagiosa, y sintió envidia.

Las puertas del elevador se abrieron, las dos comenzaron a caminar en una misma dirección. Por un breve instante el corazón de Soledad se negó a latir. La joven encinta se había

detenido en la casa de Leonardo, y estaba abriendo la puerta con su llave.

—Hay que tener cuidado con esta cerradura, porque es fácil quedarse afuera— dijo la muchacha, mientras la miraba de reojo, excusándose por su manifiesta torpeza.

—¿Te has mudado a este departamento?— preguntó Soledad, no muy segura de querer escuchar la respuesta.

—Sí.

¡Leonardo se había marchado! .. ¡¿Cómo encontrarlo ahora?!

—¿Y no sabes la nueva dirección de Leonardo Rodríguez?

—No se mudó. Vivimos juntos.

El mundo de Soledad se volvió repentinamente tan pequeño que era casi imposible respirar. (¿Y para qué seguir haciéndolo ahora?). Sin decir nada más se dio media vuelta, y comenzó a caminar por aquel corredor que ahora la aprisionaba.

Ya casi había llegado al elevador cuando se volteó para contemplar aquella imagen de un futuro que había rechazado. Hizo una última pregunta:

—¿Él sabía que estabas encinta?

—¡No!— respondió la muchacha, feliz. — No tienes idea de la sorpresa que se llevó al verme así. Al principio estaba muy molesto porque no le había contado, pero preferí no hacerlo hasta tener mi vida un poco más resuelta. Ahora, en cambio, está enloquecido con la idea del bebé. Costó, como con todos los hombres, pero creo que él también está listo para sentar cabeza. Es todo cuestión de tiempo.

— Cuestión de tiempo— repitió Soledad, casi en un susurro, y se fue.

* * *

¿Cómo se vive sabiendo que uno ha dejado pasar la felicidad? Y lo que es peor, que lo ha hecho por cobardía.

A veces, los días que se sentía mejor, Soledad comenzaba a fabular que Leonardo era una especie de monstruo, que con la excusa del amor se dedicaba a embarazar niñas vírgenes por puro placer. Pero cuando se sentía mal, que era casi todos los demás días, pensaba que a aquellas alturas podrían haber estado juntos, casados, felices, esperando un hijo propio, y cuidando el de aquella otra mujer. Porque ella era muy capaz de perdonarle ese pasado imperfecto, y de ayudarlo a hacerse cargo de esa nueva responsabilidad. Y es que ella era capaz de todo cuando se trataba de Leonardo...

¡De todo menos de decir ese estúpido “sí” que se le había atragantado en la boca!, se reprochaba sin pausa.

El tiempo transcurría, lento y aburrido. Soledad se dedicaba con ahínco a tratar de posicionarse en la agencia, y había comenzado una terapia que le permitía llorar toda una hora, al módico precio de cien pesos la sesión. Afortunadamente su madre estaba muy ocupada con su proyecto de marido número cuatro, un muchacho de apenas veintitrés años, a quien le encantaba tratar a Soledad como si en verdad fuera su hija. Victoria, por su parte, estaba avocada al proyecto de marido número uno, un joven gordito y tímido, pero con un auto espectacular, tal como solía describirlo su novia.

Todo estaba finalmente encarrilándose. Todo menos...

Como cuando era virgen, Soledad se empeñaba en evitar a los hombres que se le acercaban. Claro que entonces no tenía ni idea de por que lo hacía, en cambio ahora lo sabía perfectamente: no se conformaba con tener sexo por el sexo mismo. Quería tener sexo por amor.

Y es que una vez que se ha probado...

* * *

Leonardo siguió con la mirada el trajín de la mesera. Blanquísima, en el esplendor de sus veinte, y con una cara que parecía dibujada por el gran Rafael, constituía, por así decirlo, todo un espectáculo. Y no era por sus pechos firmes, ocultos por un sostén oscuro, que la camisa atada a la cintura dejaba entrever. No, lo que realmente atraía su interés, así como el de todos los hombres presentes, era la faldita negra. El contraste entre lo níveo de su piel y lo oscuro de aquella prenda era llamativo, pero más lo era aún la forma en que el ruedo irregular se mecía con cada uno de sus largos pasos, dejando al descubierto la curva de un trasero tan generoso como laxo. Pero lo que en verdad era hipnótico en ese vaivén, era la duda que provocaba en todos los presentes, y en particular en el inquieto Leo:

¿Tenía bragas, o no?

La damisela en cuestión sonreía (le sonreía) y lo rozaba, y el pobre hombre se perdía en aquella dulce ilusión de desnudez...

¡No! ¡Ninguna ilusión! Finalmente la muchacha se había agachado justo frente a su cara, para limpiar con diligencia la mesa vecina (¡que flexibilidad!), y ni sombra de una tela, o la más mínima tira o cinta asomó entre sus piernas. La cara de

Leo enrojeció, y la joven le sonrió como si él le hubiera dicho un piropo.

En otro momento de su vida Leonardo le hubiera pedido el número de teléfono, o la hubiera esperado a la salida. Después de todo, él era un hombre, y los hombres nunca dejaban pasar una oportunidad así. Pero ahora, luego de lo de Soledad, y del imprevisto arribo de Camila a su vida, ya no era más como los demás. Ahora se había vuelto un hombre “sensible”.

En el pasado, cada vez que una mujer le había reprochado su silencio o su frialdad, él se había defendido explicándole que los sentimientos, y los hombres, se daban de patadas. Y así lo había creído ya que ese era su caso, y en el de todos sus amigos (aunque, por supuesto, nunca faltaba uno que, criado por mujeres, parecía tener un mayor entendimiento de las razones que asistían al sexo opuesto). Pero él, en cambio, a pesar de haber crecido rodeado por una madre y cinco hermanas, se las había ingeniado para salir indemne, refugiándose cada día en el mundo fácil de los demás varones de la casa: sus hermanos, su padre, y hasta los trabajadores de la finca en que vivían. Mientras las mujeres perdían el tiempo con sentimientos, lágrimas y vestidos, los hombres se divertían compitiendo entre sí. Siempre estaban ocupados tratando de definir quién jugaba mejor al fútbol, quién corría más rápido a caballo, quién tenía más habilidad en el polo (el “deporte de los reyes”, que allí se convertía en un más democrático: “deporte de muchachos aburridos y peones”). No recordaba ningún momento feliz de su infancia que no hubiera estado ligado al hecho de “ganar”. Y al crecer, las hormonas lo habían obligado a seguir compitiendo contra otros con el mismo ahínco de antes. Pero ya no sólo se trataba de deportes, sino también del dinero y, sobretodo, de las mujeres. Conquistarlas

era una forma de ganar respeto. Por el contrario, llorar o enamorarse eran cosas temidas por él y sus congéneres. Un signo de debilidad...

¡Qué estupidez!

Porque, como se había dado cuenta últimamente, los hombres también poseían sentimientos, aunque les fuera casi imposible hablar de ellos. Él mismo, en su inocencia de macho joven, había creído no tenerlos. Pero luego había aparecido Soledad, y...

Por supuesto que algunos afortunados podían hablar de aquello que pasaba en su interior sin tanta dificultad. Pero esa capacidad estaba reservada para los que llevaban, o habían llevado alguna vez, una sortija en el dedo. Y es que era absolutamente necesaria la convivencia con una mujer, y el permanente contacto con su mundo, para poder decodificar la complicada maraña de sensaciones femeninas, o las más oscuras necesidades que ocultaba el corazón masculino.

De caso contrario, era imposible para un tipo entender lo que le estaba pasando por dentro (aunque le estuvieran pasando muchas cosas y muy importantes). Las mujeres tenían toda una vida de entrenamiento, mirando a su corazón, mientras que los varones habían usado mucho de ese tiempo discutiendo sobre el gol que Maradona había hecho con la mano en el mundial de México, u otras cosas tan trascendentes como esa. Quizás por ese motivo los sentimientos de una dama resultaban un jeroglífico indescifrable para el pobre cerebro de un caballero... Cómo cuando le había propuesto matrimonio a Soledad... Cualquiera otra hubiera (¡modestamente!) “saltado en una pata”. ¡Pero ella no! Seis horas le había estado gritando, ofendida, con la misma fiereza con que un momento

antes le había hecho el amor. Y hasta había tenido el descaro de acusarlo de miles de crímenes que, según ella, algún día él iba a cometer. Y luego de juzgarlo anticipadamente lo había penado con el peor de los castigos: esa misma noche había desaparecido. Como si se la hubiera tragado la tierra, había salido de su vida tal como había entrado: abruptamente. Claro que ahora, gracias a ella, él se había convertido en “un hombre sensible”. Durante aquellas primeras semanas había llorado todas las noches. Incluso en el trabajo había tenido que inventar que se había vuelto alérgico a la lana del traje, para justificar sus ojos enrojecidos. Y también su rendimiento se había resentido. Ahora, cuando estaba con un proveedor, ya no era el hombre peleador y seguro que defendía con uñas y dientes la conveniencia de su empresa. No. Ahora pensaba también si el pobre sujeto que tenía enfrente no necesitaba de verdad hacer la venta. Si no podría perder el empleo de no lograrla. Si lo abandonaría su mujer por eso, dejándolo tan solo, como solo se sentía él. ¡Un desastre! ¡No servía para nada ser un hombre sensible!

¡Ni siquiera a las mujeres les gustaban! Todas decían que sí, pero, como pudo comprobarlo después, ni bien uno se deshacía frente a ellas, comenzaban a exigir “seguridad y dureza”.

La mesera volvió a dirigirse con paso rápido a la cocina. Blanco, negro, blanco, negro. Culo, falda, culo, falda. Buena técnica. Y es que, de verdad, de ser otro momento de su vida hubiera hecho algo frente a tan manifiesta invitación. Pero desde la llegada de Camila, y lo del bebé, había cambiado para siempre. ¡Un bebé! ¡Eso sí que conectaba a un hombre con sus sentimientos! Al principio había entrado en pánico. Con Camila eran casi desconocidos, y durante su breve convivencia

nunca se había llevado demasiado bien, justo era decirlo. Tener que compartir el techo con ella resultaba, entonces, un verdadero reto. Pero como gracias a Soledad su corazón afloraba ante el menor estímulo, no sólo había logrado pasar la prueba de esa nueva responsabilidad con éxito, sino que la presencia de la futura madre invadiendo toda su casa, ya no le era molesta sino, en muchos casos, incluso placentera. Junto a ella había podido asomarse a ese “lado femenino” que le era tan esquivo. Durante sus noches en vela (el bebé pateaba sin cesar, y ya estaba pensando hacerlo socio de “River”), las charlas entre los dos se habían hecho tan intensas como apasionantes. La tierna voz de Camila le permitía descubrir la exquisita sensibilidad del sexo opuesto. Sus palabras lo ayudaban a aprender mucho más acerca de Soledad e, incluso, sobre sí mismo. Conociendo sus miedos frente a la difícil cuestión de la maternidad, podía ahora comprender por qué “ellas” se tomaban el sexo tan en serio. Por qué hablaban obsesivamente de compromiso. Por qué eran tan cuidadosas a la hora de buscar acompañante.

Según le contó Camila en una de esas noches, en un principio, y demostrando toda la valentía de que era capaz una mujer, había decidido tener su hijo sin decírselo a nadie. Los primeros meses había intentado con desesperación arreglarse sola ... Pero tener un bebé era...

¡Dios! Recién ahora entendía, al escucharla, lo difícil que era.

Por supuesto que cuando la vió embarazada frente a su puerta...

Por aquellos días, todavía no había comenzado a “digerir” lo de Soledad, cuando un nuevo terremoto tocaba su timbre. ¡Y

qué terremoto! .. A los hombres aquello de “los bebés” siempre les resulta un poco ajeno. Pero ahora, pasado el susto inicial, no sólo estaba encantado, y dispuesto a hacerse cargo de lo que pudiera, sino que se sentía orgulloso de ser “un hombre sensible” (aunque serlo sólo le trajera problemas y dificultades).

Claro que, por más que la dulce Camila lo inundaba todo, ahora le sobraba lo mismo que le estaba faltando: Soledad.

* * *

¡Estúpida!

Nunca le pedía un favor a su madre, y la primera vez que lo hacía... ¡Estúpida!

¿Cómo se iba a arreglar? .. ¿A quién podía recurrir? ..

Soledad no quería ir a su antiguo edificio a devolver la llave de su piso. No quería entrar allí, ni saludar a nadie. No quería encontrarse con esa muchacha que bien hubiera podido ser ella, ni con su hijo, que para entonces ya habría nacido... Pero más que nada, no quería encontrarse con Leonardo. ¿Cómo se podía amar tanto a alguien, a pesar de la lejanía? ¿Era el hecho de que ese amor fuera sólo un recuerdo lo que lo volvía perfecto?

Su analista le había dado una lista con grupos de reflexión para aquellos que “amaban demasiado”, y con gusto hubiera ido, si no fuera porque la primera dirección que figuraba en el papel era la del consultorio de su propia madre. De algo estaba segura: prefería seguir “amando demasiado” antes que volverse como ella.

Desde la acera de enfrente levantó la vista y miró hacia la que solía ser su casa. Con la inauguración de la estación del metro la calle se había vuelto tumultuosa. El árbol por cuyas ramas solían trepar las cucarachas, había sido podado, y ahora su ventana se veía triste y desnuda. A medida que se aproximaba a la entrada del edificio un montón de recuerdos comenzaron a invadirla. Y el más fuerte de todos, el de Leonardo. Casi podía verlo, saliendo a la calle, apurado, con su traje lujoso, como hacía todas las ma...

Un momento,... ¡ese era Leonardo!

Se detuvo con violencia. Un poco porque no quería chocarse con él, y otro poco porque las piernas le temblaban y era muy difícil seguir caminando.

Había olvidado lo buen mozo que era. O no lo había olvidado, sino que se había convencido de que la memoria exageraba.

Se lo veía nervioso y preocupado. ¿Le pasaría algo? .. Paró un taxi, y cuando ya parecía que iba a subir, se hizo a un lado para darle paso a su mujer. Ella, radiante y bellísima, como Soledad la había visto antes, le entregó algo para que sostuviera. Era un bebé. Era “el bebé”. El hijo de Leonardo. Él lo miró con ojos dulces. Tomó su chupete por el aro, con mucho cuidado de no ensuciarlo, y lo puso en su propia boca, a fin de poder manipular al pequeño con ambas manos.

Ese gesto tan tierno, y a la vez tan varonil, emocionó a Soledad hasta las lágrimas. Sus ojos se nublaron, y para cuando pudo enjugarlos, Leonardo ya había partido junto a su esposa.

La pobre muchacha esperó a calmarse... ¿Por qué Dios hacía esas cosas? ¿Por qué la hacía sufrir así? .. Su

imaginación desbocada nunca había sido tan dura como esa realidad palpable y perfecta.

Cuando al fin pudo serenarse, se preparó para hacer aquello a lo que había venido. Se dirigió con paso firme hacia la que había sido su casa, dispuesta a salir de allí cuanto antes. Pero no pudo ser. Como todo lo que ocurría en aquel día, nada resultaba como ella lo había planeado. Allí, junto al portero y el guardia de seguridad, estaba Dorita, la del segundo, charlando con una mujer mayor de rasgos finos y traje sencillo.

—¡Soledad! .. – gritó Dorita al verla, haciendo imposible toda huida. —Querida, ven aquí... ¡Te hemos extrañado tanto! .. ¿De verdad tienes que mudarte? ..—. Cómo siempre, su vecina hablaba sin esperar respuesta. – Déjame que te presente a Julia. Esta mujer es un encanto. Es veterinaria y puede decirse que casi ha salvado a mi Toribio de morir por una caída. Fíjate que ha inventado un gimnasio para mi gatito, y gracias a eso ahora él ya no está interesado en escapar.

—No es exactamente un gimnasio— se excusó aquella dama, que no estaba muy segura de mezclarse con la locura de su admiradora. – Son unas barras de hilo sisal para que pueda afilar las uñas y treparse.

—Como sea, ¡eres una genia! .. Y, ahora, queridas, las tengo que dejar. No quiero perderme la novela de las seis...

Y dicho esto, Dorita entró al elevador, justo en el preciso momento en que se estaban cerrando sus puertas.

El portero y el guardia volvieron a sus tareas habituales, dejando solas y cara a cara a las dos desconocidas.

—¿Tienes hora?— preguntó la señora Julia, para romper el hielo.

—Las seis y cinco— contestó Soledad.

—¿Recién las seis y cinco? ¡Qué contrariedad! .. Tengo que esperar hasta las siete para que vengan a buscarme... ¿No quieres acompañarme a tomar un te aquí enfrente? Hacen unos “scons” fabulosos.

La proposición tomó a Soledad tan de sorpresa que no se le ocurrió ninguna excusa aceptable para justificar su negativa.

—No, gracias... Tengo que...— balbuceó torpemente.

—¡Claro! Lo imagino. Una hermosa niña como tú de seguro tiene que encontrarse con su novio.

—No, no tengo novio— dijo Soledad, mientras sentía que sus ojos volvían a humedecerse.

—¿Y qué tienes que hacer entonces?

—Tengo que reunirme con mi madre....

—¡Ah!, ¡lo que yo decía!: puedes venir tranquila. Las madres estamos acostumbradas a esperar.

Soledad dudó por un momento. Pero, finalmente, ¿qué tenía que hacer?, pensó con amargura. Y aceptó.

* * *

—Así que nunca te enamoraste...— dijo la mujer, iniciando abruptamente la charla, mientras mordisqueaba un scon.

Soledad la miró confundida, dudando en responderle.

—Sí, sí me enamoré— contestó al fin, balbuceante.

Y bastó pronunciar aquellas dolorosas palabras para que, de inmediato, las lágrimas comenzaran a asomar, tan imparables, que tuvo que apresurarse a llevar la taza a su boca, para ocultarlas.

La dama la miró discretamente. Parecía haberse dado cuenta del efecto que había causado en su interlocutora, pero, a pesar de ello, continuó con su interrogatorio.

—Sin embargo no tienes novio— insistió.

Al escuchar esa triste verdad, la taza de te resbaló de las manos de la pobre muchacha. Afortunadamente Julia ya no la miraba, enfrascada como estaba en untar con dulce una tostada dorada y crujiente.

—Es una historia larga...— respondió Soledad, por no quedar como maleducada, intentando ocultar sus verdaderos sentimientos.

—¿Que se resume en...?

La muchacha la miró, incrédula. No solía contar su vida a extraños... Bueno, a menos que les pagara cien pesos la sesión. Pero, a pesar de su insistencia, aquella mujer le inspiraba una cierta confianza. Había algo en su expresión que la hacía sentir segura... ¿Era la paz de su mirada? ¿Su cabello blanco, peinado con esmero, igual que el que solía lucir su abuela?

—Una vez experimenté el verdadero amor— se soltó la muchacha, — pero cuando él me pidió matrimonio le dije que no. Fin de la historia.

—¿Y por qué le dijiste que no?— volvió a preguntar Julia, sin ocultar su interés.

—Es largo....

La mujer no se inmutó. Había un motivo, y era evidente que ella quería saberlo. Soledad se resignó.

—Mi madre es psicóloga...— explicó finalmente. — ¡Buah!, en verdad tiene un título dudoso, que le dieron en una universidad más dudosa todavía. Pero gracias a sus métodos estrafalarios, y a su falta total de vergüenza, se hizo de un cierto prestigio como sexóloga. Usted sabe, después de la dictadura militar todos hablaban del “destape” en el sexo, y mi madre, con la rapidez que la caracteriza, aprovechó la volada para aparecer en cuanto diario o revista estuviera interesado en mostrar las nuevas tendencias. Llevaba a cabo en el living de mi casa lo que ella pomposamente llamaba “sesiones grupales de sexo desnudo”. Aquellas orgías, disfrazadas de ciencia, terminaron apareciendo en más de un programa de televisión, incluso del extranjero. Para los noventa ya era alguien en el mundo de las terapias alternativas. Yo crecí en una casa donde el sexo y la libertad eran ensalzados....

—¿Qué hay de malo en eso?

—... y dónde todas las culpas se le echaban a las represiones y al matrimonio.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Conocí montones de personas obsesionadas por tener buen sexo,....

—¿Y quién no quiere? ..

—...y muchas más aprisionadas en un matrimonio horrible.

—¿Y eso que tiene que ver con que no te quisieras casar?

—Quiero... Quería tanto a... a este hombre, que tenía horror de que el matrimonio me hiciera perderlo. Que ese sexo maravilloso y espontáneo que me sacudía en cada encuentro, se convirtiera en rutina y cansancio. Que él llegara a odiarme, y permaneciera a mi lado... por pura indiferencia. Por la atadura de una libreta.

—Y entonces, por miedo a perderlo, lo perdiste.

Soledad bajó la cabeza, y la dama volvió a hablar, pero esta vez, casi para sí.

— Es increíble como las madres podemos dañar a nuestros hijos, sin darnos cuenta. Y también es increíble como, por más que crecemos, los hijos seguimos aferrados a nuestra historia, a los mismos modelos que nos empeñamos en criticar—. La anciana observó a Soledad con dulzura, y le dijo: — Cuando me casé, lo único que buscaba era ser feliz, como mis padres. Ahora son mis hijos los que quieren repetir nuestra historia....

Julia levantó la barbilla de Soledad y buscó su mirada.

—Me imagino que tu madre, estoy segura que sin quererlo, te ha transmitido el temor al fracaso. Te escucho hablar y sólo oigo una palabra: miedo. No quieres fallar... Da la impresión de que estuvieras dispuesta a casarte, siempre y cuando alguien te asegurara que ese amor va a ser para siempre. Pero el amor no es así. La pasión pasa, el sexo pasa, pero el amor no. ¿Sabes por qué? Porque el amor nunca se tiene del todo. Se construye cada día. Cada día te enamoras del que tienes al lado, o lo odias, no importa, en tanto no pierdas las ganas de hacerlo...

Llevo más de cuarenta años de matrimonio. No somos perfectos, hay muchas cosas por mejorar, pero, ¿sabes?, todavía somos jóvenes, y creo que vamos a lograrlo— concluyó la señora Julia, con un amplia sonrisa en los labios.

Soledad también sonrió, pero con dolor.

—¿Por qué no olvidas el miedo y vas a buscarlo?— insistió la dama.

—Demasiado tarde, está con otra.

—¿Con otra?!— repitió la mujer con genuino asombro. — ¿Quién es la otra?

—La esposa, supongo. Y ya tienen un hijo.

—¿Un hijo? .. Qué extraño....

—Hoy los vi... Y sólo podía pensar que si aquel maldito día le hubiera dicho: “sí, me quiero casar contigo”, quizás sería yo la que....

La dama clavó en ella su mirada. Parecía como si fuera a decirle algo, pero luego levantó la cabeza y se distrajo. — Mira, tengo que irme. Ya han venido a buscarme... Te pido un favor, Soledad, a modo de despedida: la próxima vez que el hombre que amas te pida matrimonio, no dudes en decirle que sí. Hazlo por mi. Créeme, me harás con eso la mujer más feliz de este planeta.

—Hola, ya volvimos y...—.

Las palabras se confundieron con el incesante murmullo de la calle.

Soledad giró para saludar al recién llegado, pero, al verla, el muchacho se interrumpió.

Era Leonardo.

—Hola, querido— lo saludó Julia.

Pero Leonardo y Soledad, confundidos y mudos, se miraban a los ojos como si nunca antes lo hubieran hecho, ajenos a todos los demás.

—¡Leo!— interrumpió la dama.

Julia se vió forzada a sacudirle el brazo para que éste se hiciera eco de sus palabras.— Préstame atención, querido... ¿Qué ha dicho el doctor acerca del bebé?

Soledad empalideció.

—No era nada, una reacción por la vacuna. Ya se le pasará.

—¡Me alegro! Me quitas un peso de encima. No sabes lo preocupada que estaba— dijo la dama al recién llegado. Luego se dirigió a Soledad, quién hizo un esfuerzo para prestarle atención. — Disculpa, querida, es que mi hija menor ha tenido su primer bebé, y... ¿te imaginas!

La muchacha la miró con horror. — ¿Usted es la madre de...?—. No tuvo fuerzas para acabar la pregunta.

—Soy la madre de Camila, la joven que viste esta tarde con el bebé....

Soledad agachó la cabeza. Era lógico. Una muchacha perfecta, con una vida perfecta y una madre perfecta.

Indiferente, la anciana se apuró a terminar la frase: — Pero, y esto te va a resultar por demás interesante, querida, también soy la madre de Leonardo... Él, contrariamente a lo que yo pensaba, tengo que confesar, se ha comportado como todo un caballero ayudando a su hermana en esta difícil situación.

Soledad, cuyas mejillas habían empalidecido al ver a Leonardo, estallaron de color al escuchar las palabras de Julia. Levantó la cabeza, miró a la anciana y buscó en sus ojos la respuesta que tanto esperaba escuchar. La dama se limitó a sonreírle. Y entonces lo buscó a él.

—¿No es tu hijo?— preguntó Soledad a Leonardo, desde el fondo mismo de su alma.

El muchacho la miró confundido.

—¿Quién? ¿Nachito? .. ¿De donde sacaste que...?

Leonardo comprendió todo de inmediato, y sonrió emocionado, sin poder hablar.

—Querido— volvió a interrumpir Julia aquel silencio en que tantas cosas se decían. — Se que has venido para llevarme al hotel. Pero no me gustaría que Soledad regresara sola a su casa...Además, ustedes deben tener mucho de que hablar... Cruzo a ver a mi nieto, y luego me tomo un taxi. Acompañaala a ella, por favor.

Todavía no había terminado la frase, cuando Julia ya había salido. Pero ni Soledad ni Leonardo notaron aquella desaparición precipitada, tan pendientes como estaban uno del otro.

—Soledad, yo...— comenzó a decir Leonardo.

Indiferente a los sentimientos, un camarero se acercó.

—¿Le sirvo otro café, señorita?

—Sí, quiero— dijo ella, con firmeza y emoción, sin alejar su mirada de los ojos de Leo.

—¿Y a usted, señor?

—¡Sí, claro que quiero! .. ¡Siempre quise!— contestó él.

Y luego se besaron..., con tanta intensidad, que todas las damas del coqueto barcito se sonrojaron al unísono.

Desde la acera de enfrente, Julia los contemplaba con discreción. Sabía que no estaba bien hacer eso. No quería que dijeran de ella que era una metida, pero...

¡Qué mas daba! ¿Para qué otra cosa estaban las madres, sino para meterse en las vidas de sus hijos?

Epílogo

El gran día había llegado. La Iglesia estaba tapizada de rosas blancas. Del lado izquierdo, la numerosa familia del novio. Abuelos, padres, hijos y sobrinos se confundían en una multitud bulliciosa. Del lado derecho, sólo cinco bancos ocupados. En la tercera fila, el padre biológico de la novia junto con su esposa de veinticinco (años, kilos y coeficiente intelectual). Tras ellos, Victoria, embarazada y haciéndose arrumacos con su esposo gordito que, por cierto, había usado para conquistarla un auto espectacular, ¡y prestado! Detrás suyo, solo, Francisco, el policía, con su ropa de delincuente (barba crecida y vaqueros desgastados). Dos asientos más allá, vestido de policía (iba a actuar de extra), el “ex — proyecto de marido número cuatro”, un muchacho de veintitrés años, junto a una niña “ridículamente joven” (su nueva novia), al decir de Lidia (su novia anterior).

En el último asiento, con lentes oscuros y una chaqueta con las solapas levantadas, la madre de la novia trataba pasar desapercibida.

—¿Está ocupado este asiento?

Lidia giró la cabeza con fastidio. Para su horror, una “amable” ancianita se había sentado a su lado, y con todo descaro comenzaba a hablarle (¡como si ya no fueran suficientes sus desgracias!).

—Acabo de ver a la novia en la calle... ¡Parece un angelito! .. Claro que yo hubiera elegido un vestido más largo, pero ¡vío como son estas niñas modernas!...En lo que a mi respecta, no hay boda si no se lleva una cola que arrastre al menos varios metros por el....

Lidia, impiadosa, lanzó un fuerte suspiro y volvió el rostro hacia el vacío, sin escuchar el resto de la frase. Pero su compañera de banco no se inmutó. Lejos de callarse, se limitó a darle un nuevo giro a la charla.

—Yo he venido a la boda desde Mendoza. Me he tenido que subir a ese condenado avión por más de dos horas. No sabes como han quedado las tablas de mi vestido de fiesta..., ¡por no mencionar lo que ellas ocultan! ..

Lidia volvió a suspirar, pero su acompañante, sin percatarse de su fastidio, insistió.

—Disculpa. No me he presentado. Soy Pochita, la tía abuela del novio...— dijo la pobre dama, mientras le alargaba a su vecina una mano difícil de esquivar.

—Lidia— respondió secamente la otra, rozando algunos de los dedos rechonchos que su interlocutora le tendía.

—¿Y tú eres....?— preguntó la vieja, sin soltarla.

—Licenciada en psicología.

—¡No! Me refería a qué cosa eres de la novia....

Lidia tragó saliva, y en el tono más bajo posible dijo: — La madre—.

—¿Cómo?! Estoy un poco sorda y no te escucho....

—La madre— repitió su acompañante con odio.

—¡La madre de la novia!— gritó la anciana, concitando la atención de los demás presentes.

—¡Discreción, por favor! ..— se enojó la aludida.

—Tu no deberías estar aquí, tan atrás, deberías....

“Debería estar haciéndome el harakiri”, pensó Lidia. Pero se limitó a responder: — Estoy bien así. Por favor, acabemos con esto... Tengo un espantoso dolor de cabeza.

—¡Claro! ¡Lo imagino! .. ¡Nos pasa a todas! .. Vas a perder a tu niñita y estás triste... ¡Pero debes resignarte! Envejecer también es hermoso....

—¿Envejecer?!— dijo una espantada Lidia, que, gracias a la “terapia hormonal” y a la cirugía había olvidado por completo el desagradable tema.

—Ya verás... Cuando quieras acordarte estarás rodeada de nietos....

—¿Nietos?!!!!— repitió la otra, casi desmayándose.

—Un matrimonio es lo mejor que le puede pasar a una mujer.

—¡No sea ridícula! .. ¡Una buen “polvo” es lo mejor que le puede pasar!— respondió Lidia con furia.

Pero la dama no comprendió el alcance de sus palabras, y, un tanto confundida, se limitó a acotar:— No todo es cuestión de pinturas... Ponerse bonita está bien, pero....

La anciana volvió a mirar a su atribulada compañera de banco, y se compadeció.

—No. Definitivamente no pareces contenta. ¡No tengas miedo, mujer! Leonardito es un buen muchacho, y las niñas ya no son como antes... Ahora no es como en nuestras épocas. Ahora todas saben qué hacer la noche de bodas....

—¡Ese es el problema! .. ¡La idiota de mi hija nunca...!

Lidia miró a su interlocutora a los ojos y se detuvo en medio de la frase.

—¿Tu hija nunca...?— la estimuló la anciana a concluir.

—¡Mi hija todavía es virgen!

¡Finalmente lo había soltado! .. Finalmente había podido escupir eso que la estaba atragantando desde el mismo día en que Soledad había empezado con esa locura del matrimonio. ¡Casarse sin haber tenido experiencia en la cama! ¡Sin haber constatado si el fulano con que una se iba a vivir era capaz de...

—¡Debes estar orgullosa— dijo la viejita, buscando complacerla.

Al oírla, Lidia, que ya se había olvidado de su presencia, explotó.

—¿Orgullosa? ¡Qué clase de orgullo puedo tener! .. Aquí, en este lugar espantoso y lleno de supersticiones, estoy

entregando a mi propia hija, sacrificándola al dios de las convenciones y las tonterías.

La dama la miró sin entender. ¿Por qué podría estar furiosa la madre de una muchacha tan buena, que se casaba virgen? .. ¡Más hubiera querido ella estar en esa situación, con alguna de sus nueve hijas! (o su propia madre, cuando la pescó en el granero con su primer novio).

Lidia puso tal cara de sufrimiento, que, finalmente, la anciana creyó comprender el motivo de su congoja.

—¡Ah! .. No te preocupes. Leonardito no va a hacer nada que la pueda asustar... Mira, te felicito, porque veo que has criado una buena niña, aunque... en esta vida hay que ser un poco más moderna.... Debieras haber previsto esta situación... A veces es bueno vencer los pudores... ¡Tendrías que haber hablado antes con tu hija sobre el sexo!

La pobre madre de la novia sintió que su corazón estallaba, y que toda la sangre comenzaba a agolparse en su cara. Furiosa, lanzó una blasfemia que logró lo que había deseado desde un principio: la tía Pochita, espantada al escucharla, se había dado media vuelta y (¡finalmente!) se había marchado hacia bancos más hospitalarios, dejándola sola con su miseria.

El órgano comenzó a tocar los primeros acordes, que resonaron por todo el templo, anunciando el inicio de la ceremonia.

Cuando las puertas se abrieron, la multitud se puso de pie.

* * *

Soledad esperaba tras el inmenso portal de madera. Estaba nerviosa (lo había estado desde que se separara de Leonardo, unas pocas horas atrás). Las piernas le temblaban y el corazón latía con furia. ¿Estaría suficientemente hermosa? Quería que Leo se conmoviera al verla. Que recordara aquel instante por el resto de su vida. En cuanto a ella...¿Sería capaz de caminar lentamente por el pasillo, como se lo habían recomendado sus cuñadas? ¿O correría a sus brazos? .. Si hubiera estado acompañada de un padrino, hubiera tenido alguien en quién apoyarse, pero como había preferido no herir las susceptibilidades de los hombres que la habían criado, eligiendo a uno sobre otro, ahora estaba sola, y a punto de desmayarse, sin remedio.

El órgano comenzó a tocar y las puertas se abrieron. Pegó un salto.

Lejos, muy lejos, estaba él. Leonardo. ¡Increíblemente buen mozo! Tal cual lo había soñado. Tan distinto de lo que hubiera podido imaginar.

Habían acordado que él llevara una camisa blanca, sin saco ni corbata, pero no había pensado que, a pesar de la sencillez de su atuendo, se pudiera ver así, con esa presencia tan intensa que hacía oscurecer a todos los que estaban a su alrededor.

Los sobrinos de Leo (ahora sus sobrinos), seis nenitos hermosos vestidos de blanco, abrieron filas ante ella, tirando pétalos sobre la alfombra roja (bueno, en honor a la verdad, los mellizos más parecían estar atacando a los presentes con las flores, pero ese nimio detalle no restaba en nada dignidad a la ceremonia).

Con los ojos fijos en su amado, Soledad comenzó a caminar por aquel largo pasillo. Ya habían pasado casi tres años desde aquel día en que había cruzado por primera vez otro corredor, en busca de Leo. Y durante todo aquel tiempo lo había seguido amando con igual intensidad, a pesar de lo que decía su madre. Ella había tratado incansablemente de convencerla de que los grandes amores eran pura fábula, que todo era cuestión de feromonas y reacciones químicas. Pero a Soledad le bastaba apenas con sentir la respiración de él, su futuro marido, para olvidar aquellas razones tan lógicas. Su cercanía era suficiente para que todo cobrara sentido, y se volviera claro y luminoso.

Luego de un tiempo que le pareció eterno, Leonardo le tendió la mano.

Finalmente habían llegado.

Juntos miraron hacia el altar.

—Queridos hermanos...— comenzó a decir Pancho, el sacerdote amigo, que los había estado preparando para aquel momento – nos hemos reunido aquí para unir en santo matrimonio a esta hermosa pareja. Hace apenas unas semanas atrás estábamos compartiendo la alegría del bautismo de Soledad,

Desde el fondo del templo se escuchó un quejido lastimero.

—...y hoy estamos....

La voz del padre comenzó a desdibujarse en la mente de la novia. Su corazón empezó a latir con fuerza, y una preocupación creciente se apoderó de ella.

No iba a poder. Estaba segura. No iba a poder.

Por un breve instante sintió una premura sorda por echar a correr, pero la mano de Leonardo que la sujetaba se lo impidió. ¡No quería lastimarlo! .. Lo amaba más que a nada en el mundo pero... no iba a poder. Se conocía...

—¡Soledad!

La cara de preocupación de Leonardo la volvió a la realidad. El padre Pancho la miraba expectante.

—¿Quieres?— le repitió el párroco.

Soledad perdió su mirada más allá del altar. No, no iba a poder. Por más que lo intentara, era imposible.

—Hija, ¿quieres casarte con Leonardo, o no?— insistió el pobre hombre, preocupado.

La muchacha lo miró con desesperación.

—¿Puedo hablar un minuto con usted, padre?— preguntó al fin.

Leonardo empalideció, y el sacerdote accedió sin mucho convencimiento.

Un silencio profundo se adueñó del templo, mientras novia y celebrante hacían un aparte. Todas las miradas denotaban preocupación. Incluso los pequeños dejaron de corretear, intuyendo que algo extraño iba a ocurrir.

—¡¿Cómo?!— casi gritó el sacerdote, incapaz de reponerse de la sorpresa.

Soledad asintió, aterrorizada.

El pobre hombre miró a los presentes, todavía en vilo, se dio la vuelta, y comenzó un extraño baile más allá del altar. Todos pensaron que había enloquecido por lo ocurrido, hasta que un zapatazo cruel dio por acabada la situación.

Victorioso, el padre Pancho se enfrentó a la novia.

—Ya está. Ya la maté— le dijo. — ¿Ahora puedo continuar?

Soledad sonrió satisfecha. Nunca antes había estado tan feliz. Ahora, sin cucarachas a la vista, todo era perfecto.

Leonardo, que acababa de comprender, comenzó a reír y, de pura felicidad, alzó a la novia entre sus brazos. Y luego la besó, como cuando estaban solos, pero frente a todos los presentes.

—¡Esperen!— gritaba el pobre sacerdote. — Esa parte viene después... Todavía no me dijeron si quieren casarse....

—¡Sí, queremos!— gritaron al unísono los contrayentes.

Y todo se convirtió en una pequeña revolución en aquel templo. Los asistentes aplaudían, el sacerdote bendecía sin ser escuchado, la madre de Soledad lloraba, y los niños corrían, persiguiéndose unos a otros.

Una matrimonio que, como el verdadero amor, iba a ser imposible de olvidar.

FIN

Obras de Clara Voghan
disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbese a nuestro grupo de Yahoo*

<http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/>

Una novela romántica diferente.